

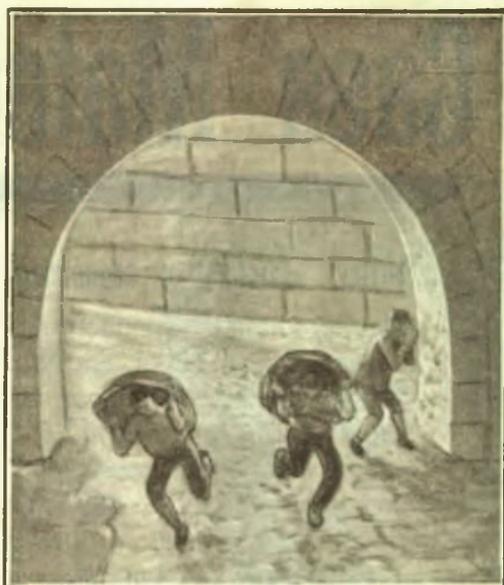
REMEMBRANZAS

PERO... no me preguntes mucho ¿eh?, que voy para viejo y me flaquea por lo tanto, la memoria, que hartó sabes que, si «in illo tempore» la tuve privilegiada y feliz, ahora me ha vuelto las espaldas como diciéndome «si te he visto no me acuerdo». ¡Ingrata!

—¿Cómo no? Me parece que le veo, que le hablo y que contesto a sus múltiples y variadas preguntas sobre Doctrina, Historia, Geografía, etcétera. No concibo al señor Bizcarrondo sin aquel abrigo («sobretudo» le llamábamos entonces), que le preservaba del frío, y sin aquel gorro negro de punto que siempre llevaba encasquetado para librar su venerable calva y esbelta cabeza de las injurias de las moscas.

—Muy señor y perfecto caballero, a quien todavía creo contemplarle de junto a casa de Joshepita, cómo a las ocho por las mañanas y a la una por la tarde se dirige desde su casa a la escuela, erguido y arrogante.

Tú—vivaracho, travieso, poseedor del nefasto y cruel anillo—, nos gritabas: ¡*maisua, maisua*, y nosotros, pobres pipio-



El sire y el eco en «Mikela-zulo»

los que no habíamos estudiado la lección—nuestras delicias en el juego de pelota—, veíamos sobre las respectivas cabezas la pena del Talión. La espada de Damocles, el ayuno de aquel día que lo habíamos de pasar *sin comer*, en la cárcel; pero gracias a que hacíamos comedias y matábamos el tiempo proyectando sobre la linterna mágica de la cárcel bellas cintas, consistentes en ver salir de la fábrica Olibet a los trabajadores y casi palpar a los transeúntes de la calle Capitanenea..

La cárcel de la escuela, el *txoko* aquel, era testigo de nuestro ingenio, de nuestras diabluras y del despojo de la indumentaria que llevábamos; pues quién se despojaba de la blusa, *brusa* decíamos; quién de la chaqueta; quién del chaleco, boina, y gracias a aquellos pingajos que colgábamos de la ventana, veíamos el cine con treinta años de anticipación.

—No he ahogado ni saciado todavía aquella tan rabiosa sed que pasábamos los pobres chicos en la escuela. Cuando el vigilante, o así, traía una regadera de agua de la fuente que había donde *Chiquito*, no era yo el único que me arrojaba como perro rabioso a la regadera. ¡Y las veces que salíamos del sermón de los viernes de Cuaresma tan sólo para saciar la sed que nos devoraba! Poco nos importaba a los *mutil-koskorras* de entonces el sermón del fraile, que nos parecía eterno; poco caso hacíamos de los trinos y gorjeos con que don Jesús María, Gaudioso, Salustiano y Urigoitia arrebatában a los fieles; ¿qué nos importaba la voz *gorda, gorda* de aquel señor que vivía en Santa Clara, que creo se apellidaba Zubiaurre, y que cuando entonces *Jaungoiko Santua* parecía el Niágara? Ni un camino nos importaba, chico; como tampoco la cara fosca del otro ¿Zubiaurre también? a quien llamábamos *Moisés* por su rica, hermosa y venerable *barba blanca*.

A mí se me ponía carne de gallina todas las veces que dicho señor veía mis travesuras, que no eran pocas; pues era quien los soplaba a mi padre, de quien era íntimo, y ya se sabe, ¡zurral

—¡No, no!; no podíamos con los de Oyarzun. Estos eran más *azkarras* y más valientes; tenían mejor puntería y mejores piernas para el juego que llamábamos *arrika ematera*; y allí estaba toda la jarcía y troupe liliputiense de Rentería a pedrada limpia en batalla campal con los Oyarzuarras, Pasaitairas y Lezoarras.

—Cuando Aldaco, Muskharra y comparsa venían en nuestra ayuda, ya respirábamos; pero de lo demás llevábamos la peor parte; mira por dónde habían de ser esas luchas por Jueves y Viernes Santo.

—Es verdad que estábamos todavía sin civilizar. Eramos unos rifeños, *basatis*, cerriscos. Ahora hay más compenetración, más cosmopolitismo.

—Lo más hermoso, el día en que venían los pelotaris de jugar un buen partido o volvían de América.

¿Recuerdas cómo les mirábamos, con la boca abierta, estupefactos? Salía el *txun txun*, la música, había cohetes, *txindatas* y todo; y nosotros, los chicos, viendo a Elicegui, Samperio, Cosme, Eusebio, Victoriano, Echeveste, etcétera, orgullosos, ya lo creo que sí.

No puedo olvidar las palomas mensajeras que anunciaban en Rentería el resultado de los partidos. ¿Bonitos teléfonos, no? ¡Oh temporal!

—¡Ah! ¿Jaungoiko chiqui? El mayor y más mayúsculo susto que me llevé fué aquel día. Hubo movimiento continuo en el pueblo, gran nerviosidad y mayor alarma. Tengo para mí que no era el león tan fiero como le pintaban. ¿Qué se habrá hecho de aquel hombre?

—Verdaderamente que ha habido tipos en Rentería; pero tipos clásicos, personificación del carácter renteriano; zalameños, compasivos, generosos.

—Era famoso Justo Echeverría, sobre todo por los Carnavales; estaba muy en su punto el simpatiquísimo Ignacio Echeverría, para mí el compendio de todas las virtudes cívicas de Rentería.

—¡Sí, sí! ¿Cuándo Eusebio y compañía organizaban aquellas comparsas de bailes vascos y recorrían las calles disfrazados de marineros? Aún resuena en mis oídos aquel famoso estribillo cantado en coro por aquellos guapos muchachos:

«*Bombollon bat eta bombollon bi
eragiok Shanti arraun oril*»

¿Cuánto disfrutábamos con aquellos alardes de entusiasmos euskaldunas!

—¿Aquel que venía de Donostia? ¿Minondo? Era estupendo y muy famoso. A más de uno de nosotros le hizo correr como alma que lleva el diablo. Es que había entre la grey infantil cada punto filipino, que ya... ya...

—Ha habido una transformación increíble en la villa; ha adelantado Rentería que es un primor y ya su nombre corre por los ámbitos de España entera.

—Adelanto material, es verdad. Pero mis paisanos suben que no sólo de pan vive el hombre, y atentos a ello, cultivan asimismo el divino arte de Orfeo en los ratos que su tarea fabril les deja vacantes.

¿Hay cosa más admirable que ver ese puñado de jóvenes, con sus trajes de mahón, ir apresuradamente, después de haber cenado, a estudiar con amor artístico esas bellas melodías que luego nos ofrece nuestra brillante banda, una de las primeras entre los pueblos de Guipúzcoa?

Y asimismo, el orfeón, dirigido por un simpático sacerdote artista, con una pléyade de muchachos y solistas del valor de mi buen amigo Angelico, es una sonora caja armónica que continúa las glorias de aquel diminuto Orfeón Renteriano, de feliz recuerdo.

—Los *mutil dantzaris* son dignos de loa; su *ezpatadantza* guerrera re-uérdame aquellos indomables cántabros; y aquella delicada *zinta dantza*, trezando cintas de vivos colores alrededor de un adornado mástil, del cual saldrá al final una blanca paloma volando magestuosamente, no es un símbolo del esfuerzo de todos los hijos de la villa para que ésta vuele alto... muy alto...?

—Alejado de mi pueblo, y ya pasada la mitad del camino de mi vida, los recuerdos son imborrables, las impresiones plácidas como una bella mañana primaveral y profundas las emociones que todo lo de Rentería, pretérito y presente, despierta en mi alma.—A. IRRUTI.